

■ Crónica

Andante Lamentoso

Memorias sobre un Viejo Maestro

03-76.

LE fue mal al "Tiqui-Tiqui", un independiente de Renovación Nacional. Folclorista, cuyo nombre civil es Eugenio González. Pasó en Valparaíso.

Es interesante esta súbita vocación de servicio público que afectó a un grupo de actores de televisión y teatro, a cantantes, a una ex reina de belleza, a ex futbolistas.

Y a Eugenio González.

Mi maestro

Escribo Eugenio González y viene a la memoria la imagen de mi profesor de Introducción a la Filosofía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en el viejo y bello barrio de Alameda con Cumming. Alto, pálido, todo de negro hasta los pies vestidos; había conservado el uniforme de los poetas y los socialistas de los años 20, cuando presidiera la Federación de Estudiantes.

¿Cómo habría sido en ese entonces? Junto a Julio Barrenechea y a Ricardo Latcham. Con Pablo Neruda y Roberto Meza Fuentes. De González conocí "Más Afuera", una suerte de novela, la prosa de un desterrado por Ibáñez a Juan Fernández. Después, libros como "Hombres", "Destinos", "Noche". Artículos. Y la obra inédita "Años" sobre la que se hablaba algo, que jamás terminó.

En mis tiempos de estudiante uno de mis grandes amigos fue Armando Cassigoli. Junto a él soportábamos las tediosas clases de Eugenio González Rojas, ya triste y mayor, como ido, que explicaba las piedras angulares, las raíces del pensamiento humano, como si recitara.

Nosotros también recitábamos. En especial "Esta vieja herida". No teníamos casi ninguna. Pero en el poema había versos que le calzaban como su lustrado traje negro, a nuestro profesor, cosas tales:

y como presentio que puede algún día

secarse esta fuente de melancolía y que mi pasado recuerde sin llanto.

El maestro González oía el rumor lejano, las risas, sin interrumpir su discurso sobre griegos presocráticos que hablaban del agua y del fuego y nosotros aprovechábamos su dolor para seguir reencontrando en la memoria nuevos versos del soneto de Pedro Sienna. Yo sentí que hubo un enlace mágico entre el viejo Sócrates, preguntón, bueno para el vino, racionalizando su propia muerte y eso de

por no ser lo mismo que toda la gente, yo voy defendiendo románticamente ¡esta vieja herida... que me duele tanto!...

Comían ratas y langostas

¿Quién fue este socialista? Ministro de Educación de Dávila, senador, decano de Filosofía, revestido por el aura del martirio cuando Ibáñez lo enviara junto a otros líderes políticos a Juan Fernández. Lo mirábamos con respeto. Se rumoreaba que se había alimentado con ratas. Y langostas. Cassigoli, muy serio, me explicaba que esa era la dieta de los desterrados "más ratas que langostas y un palomino por añadidura". Y recordaba que cien años antes Juan Egaña y otros padres de la patria... González fue contratado como asesor técnico del Ministerio de Educación del gobierno de Rómulo Gallegos. El notable escritor venezolano duró muy poco como Presidente. Eugenio González terminó su vida oficial como rector de la Universidad de Chile. Cumplió su período y se fue a su casa. Miraba el huracán desde lejos.

Cuando muere Neruda se le vio en sus funerales. No puedo olvidar a Cassigoli cuando glorioso a Darío, me decía: "Está triste González. ¿Qué tendrá nuestro profe?"



Y una rosa blanca para una niña-poeta.

Por ENRIQUE LAFOURCADE

Algo se cerró en esos días. Una ventana de la casa de los mil balcones. Sócrates había muerto en labios de González. Nuestra juventud se fue extinguendo a punta de cumpleaños sucesivos que llegaron ordenadísimo, con eso que Borges llamó "el orden militar de los muertos". Eugenio González, Pablo Neruda. Tiempo del orden militar de los muertos.

Nosotros éramos del tiempo de Daniel de la Vega, a quien cuando adolescentes, encontrábamos tan bueno como al mejor Neruda:

**¡Vieja tienda bohemia, te dejamos!
Mañana se irá por el camino la alegre caravana.
Pájaros que persiguen el temblor de una estrella.
Nosotros, los gitanos, nos marchamos con ella...**

El maestro del socialismo —yo lo imaginé como a Francisco Bilbao, encabezando el desfile con un pino en vez de bandera— trató de prepararnos para el pensar sistemático con su apariencia de empresario mayor de todas las pompas fúnebres de Chile. Allí estaba, con la muerte de Sócrates sobre sus hombros. Con la de Neruda. Silencioso, lejánísimo.

Sin embargo, fue como todos un joven de ojos almendrados. ¡La que nos esperaba! Recitábamos unos versos optimistas de un español de nombre Piferrer, algo así como "Ya vuelve la primavera/(suena la gaita, rueda la danza)/tiende sobre la pradera/el verde manto de la esperanza". Y cuando la tarde se ponía un poco brumosa, cantábamos "aprendí filosofía..." que es de un tango que se llama "Ca-fetín de Buenos Aires".

Es lo que me golpeó cabeza y corazón cuando leí que el "Tiqui Tiqui" de Valparaíso se llamaba Eugenio González.

Un extraño y bello libro

En mis manos "Veinticinco

Años de Poesía Chilena" selección preparada por Teresa y Lila Calderón y Tomás Harris. Las obras que aquí se guardan, 25 años de sueños, parecen confirmar plenamente nuestra irre-nunciante vocación lírica. Aunque no son todos ruiseñores los que cantan entre las flores. No importa. Hay más de un justo. Los poetas se abren como la corre-y-vuela en los caminos. Dejamos de ser historiadores. Mejor, somos historiadores del país de Nunca Jamás, inagotable en sus sucesidos. Caemos en los sueños como Alicia en el pozo, cuando seguía al conejo blanco de ojos escarlatas.

Sobresalen diversas mujeres. Terribles, a ratos. Misteriosas, en otros. Como Paz Molina. Ejemplo:

**Las habitaciones del hombre son dos
una para nacer
otra para morir.
En el tránsito de la imagen el sol pierde su guía.
Las habitaciones del hombre son dos
una para crecer
otra para esperar.
En el espacio de la metáfora la paciencia teje sus bodas.
Las habitaciones del hombre son dos
una para la noche viuda
otra para la mañana esposa.
En el camino de la esperanza las habitaciones son infinitas.**

Poesía de vida y muerte. De muerte en la vida. Andamos con la muerte adentro. Andamos, nosotros, los varones, con la muerte adentro. La muerte es una mujer, no sé por qué.

Experimento

Hace menos de una semana intentamos probar en mi taller literario, con este libro en la mano, que la muerte se cuele en la poesía lo queramos o no.

Digámoslo de otro modo, que el poeta, habitado por la muer-

BBIV 1

te, la prefigura y la cuenta. Con una clave. La tiene muy sabida. Para no asustar a nadie, para no asustarse, la transfigura. No es la muerte de Arteché, que pasa en traje de francesa, la sífilis según el poeta Carlos Bolton, sino la de Rilke, el fruto poderoso del que sólo somos la hoja y la corteza. Rilke lo dice con precisión: "Por ella se despiertan las muchachas/y, como un árbol, brotan de un laúd...".

Pues bien, examinamos a una escritora determinada y hallamos ese fruto madurando en sus versos. No fue puro capricho. Allí estaba. Siempre estuvo. Y en cada poeta y en cada escritor y en cada palabra que nos funda, las tintas invisibles.

Leímos algunos de sus trabajos. De su libro "El Rumor de la Niebla" publicado a los 24 años. Vamos a reproducir su poema "El Viaje":

**El fuego no prende pues
llueve y estamos desnudos
En la orilla
un encaje de leños
se balancea
Hacia el abismo
Sobre el monte nubes grises.
El rumor de la niebla que se
expande.
(no veo nada ¿dónde estás?
¿dónde están los otros?
En el borde sobre la madera
camino
con los brazos extendidos yo
también
ando buscando un foso para
morirme).
Apenas arden
minuciosamente algunas**

**astillas sobre la tierra
mojada.
Toda la extensión
es el último camino
Hacia el fin
Desde la tierra.
La niebla que nos cubre.
(No veo nada, ¿dónde estás?
¿dónde están los otros?
¿los ves?
¿puedes verlos?
Hemos venido aquí para
perdernos
para cansarnos de no ver bajo
la lluvia
¿Déjame cargar este madero!
Yo también soy una cruz
buscando el sacrificio)
No hay fuego pues
llueve y estamos desnudos.
He aquí el paisaje
en toda su extensión.
Hacia lo largo y ancho de las
cruces.
Sobre el abismo
este inútil paseo
de solitarios.**

¿De qué nos está hablando? Es un susurro, ya lo sé. Unas entrelíneas. Pero estos versos escritos hace ya muchos años, cuando era casi una adolescente. ¿Por qué? ¿Cómo podía saber? Nosotros todos sospechamos la muerte. El poeta la ve. Teillier andaba con ella. Lo recuerdo hablándome de la muerte como de una amiga. Neruda, en un enigmático verso, dice "la poderosa muerte me invitó muchas veces". Huidobro aseguraba, ingeniosamente desesperado "la muerte, que no puede

■ Crónica

Andante Lamentoso

Memorias sobre un Viejo Maestro

(Viene de la página D 32)

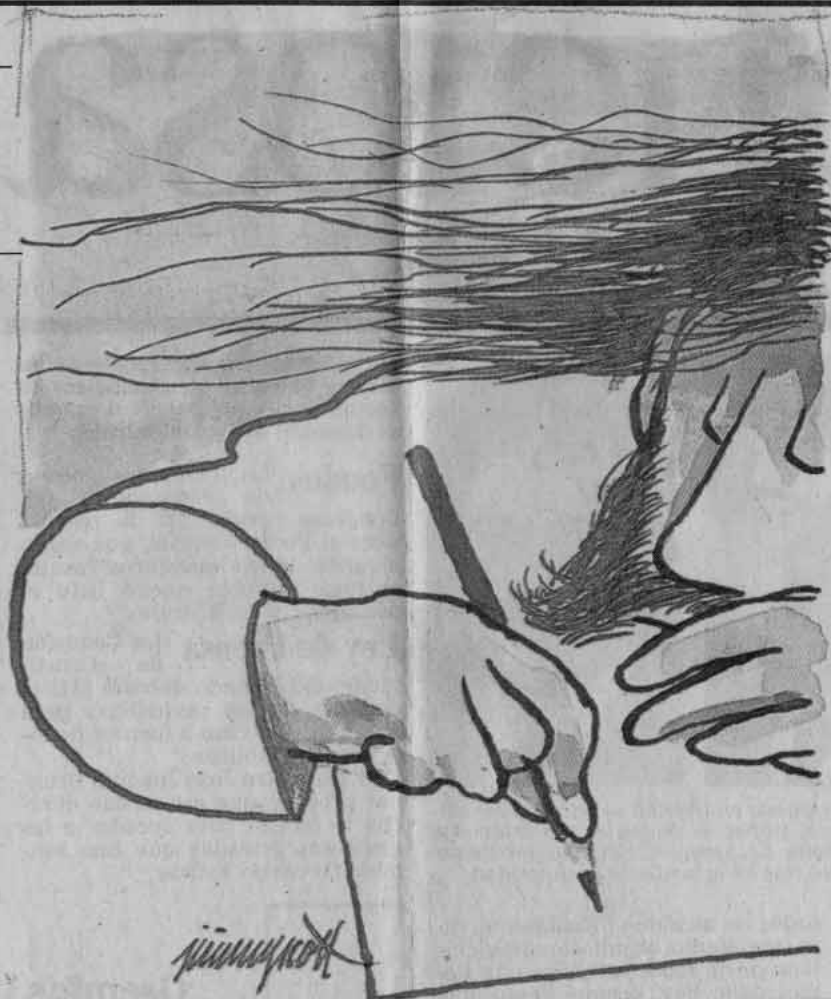
vivir sin nosotros".

Pero ella, privada, alegre, que acaba de matricularse en el internado de la vida, surgida en una familia de artistas, hija de escritor, nieta de escritor, que de alguna manera le traspasaron el temblor del cielo en sus ojos, esta niña de risa cristalina destinada al amor y a la alegría (dos endecasílabos sin proponérmelo) sentía el llamado en sus palabras. Las palabras se le abrían para descifrarle la muerte. "No veo nada, ¿dónde estás? ¿dónde están los otros? ¿los ves? ¿puedes verlos?". Son versos que nos estremecen y nos perturban. Resuenan como las maduras preguntas metafísicas de Anguila. Ella, cansada de no ver bajo la lluvia. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Alguien me lo

puede explicar? Rilke, otra vez: "Allí se abren muchachas a lo desconocido, / añorando la calma de su infancia...". Son las dulces muchachas muertas de la Mistral, esas que "asomáronse y hundiéronse como en las olas del delfín".

Tantas cosas tristes a las que tenemos que resignarnos. Escribo estas palabras de intruso.

No es mi dolor. De enrabiado e intruso. ¿Por qué? ¿Por qué ella tuvo que venir a calzar con la muerte que había visto ya en su poesía? A su familia, a sus amigos, a quienes la amaron (yo apenas la conocí, fue una imagen, como un resplandor de la poesía y la belleza) les pido licencia y les digo con un verso de ella: "¡Déjame cargar este madero!".



Un regalo

En esta hora de abismos, nada mejor que el "Himno del Universo" escrito por Pierre Teilhard de Chardin.

Para mejor abrazarte, Señor, quiero que mi conciencia sea tan vasta como los cielos, la tierra y los pueblos. Tan profunda como el pasado, el desierto y el océano. Tan sutil como los átomos de la materia y los pensamientos del corazón humano. ¿No debo yo adherir a Ti en nombre de todo el Universo?

Para que no sucumba a la tentación que acecha cada gesto audaz, para que no olvide jamás que tú solo debes ser buscado a través de todo, tú me enviarás, Señor, a la hora que tú sabes, la privación, las decepciones, el dolor. El objeto de mi amor declinará o yo lo superaré.

La flor que yo tenía se ha marchitado entre mis manos.

El muro se ha levantado frente a mí, a la vuelta del camino...

Entre los árboles del bosque que yo creía sin fin, ha aparecido el lindero...

La prueba ha llegado...

Y yo no estoy definitivamente triste... Al contrario, una alegría insospechada, gloriosa, ha invadido mi alma... porque en esta ruptura de los soportes inmediatos que yo corría el riesgo de dar a mi vida, he experimentado de manera única, que yo no reposo sino en tu consistencia.

Y eso no es todo en estos días de memorias de muertos. A lo lejos, alguien canta a lo lejos. Es una sirenita. Oímos su canción como se escucha una lágrima. Y le decimos nuestro amor. Y también le decimos:

—Rappelle-toi...■